

ESTUDIOS ETNOLINGÜÍSTICOS Y PEDAGÓGICOS EN LAS LENGUAS ESPAÑOLA E INGA

ALONSO MAFFLA BILBAO*

Universidad de Nariño, Pasto, Colombia

ABSTRACT

This article presents an analysis of the various investigations carried out by the author in different areas of lexicon, ethno-linguistics and language pedagogy. The first part will look at works on the Indo-american lexicon as a contribution of indigenous languages to Spanish in general and to the Spanish of our region. The second part will concentrate on linguistic and folkloric aspects. The third part is about grammatical issues, language pedagogy and contains some reflections on such matters. The final part will look at themes related to the Inga language. The summary of the works presented in this article focuses solely on the linguistic identity of the Spanish speaking world and of our region.

KEY WORDS: philology, linguistic investigation, Latin-American Spanish, indigenous voices in Nariño, folklore, Indo- American lexicon.

* Magíster en Lingüística y Español de la Universidad del Valle y Doctor en Filología Hispánica de la Universidad Complutense de Madrid. Profesor Titular y Catedrático del Depto. de Lingüística e Idiomas de la Universidad de Nariño.

RESUMEN

En este artículo se presenta un análisis de las investigaciones realizadas por el autor en diferentes áreas del léxico, la etnolingüística y la pedagogía de la lengua. La primera parte estará dedicada a los trabajos del léxico indo-americano como un aporte de las lenguas indígenas al español general y al de nuestra región. La segunda se ocupará de aspectos lingüísticos y folclóricos. La tercera tiene que ver con cuestiones gramaticales, pedagogía de la lengua y algunas reflexiones sobre la misma, y a última parte se la dedica al estudio de temas propios de la lengua inga. El resumen de los trabajos que se presentan en este artículo no hacen otra cosa que establecer la identidad lingüística -en unos casos- del mundo hispanohablante y -en otros- de la lengua de nuestra región.

PALABRAS CLAVE: Filología, investigación lingüística, español de América, voces indígenas en Nariño, folclor, indo-americanismos léxicos.

“Reunir trabajos dispersos es un agridulce sabor. Tan agridulce como contemplar la vuelta de los hijos a la casa paterna. Justifica el haber vivido y tiene ya un amago de despedida. Porque un día el viento dispersó las criaturas a las que amamos, y las criaturas vuelven —uno y otro día— con el temor de que una sea la peregrinación última. Pero son estas cosas que cada uno lleva en el alma y las rumia en las propias soledades. Y también hay un gozo en los reencuentros: Del gozo quisiera hablar. No porque sea propio, sino porque me obliga a la gratitud”.

Manuel Alvar

PALABRAS PRELIMINARES

La sistematización de las investigaciones realizadas en los campos de la etnolingüística, la lingüística y la pedagogía de las lenguas española e inga me ha llevado nuevamente a recorrer caminos que un día o algunos años atrás ambulante transité, y que ya la maleza parecía que los había cubierto. Tras recoger estas criaturas mías, he tenido que reunir muchísimos recuerdos somnolientos; mi imaginación volvió a pasar por aquellos pueblos de la sierra nariñense, y por algunos —muy pocos— de la costa; retomar las calles y veredas de Ipiales, Túquerres, Gualmatán,, Ricaurte, Tumaco, San Pablo, Belén, Buesaco, La Cruz, Sandoná. Conscá, Samaniego, etc.; y del vecino Departamento del Putumayo: Santiago, San Andrés, Sibundoy, Mocoa, Puerto Asís, entre muchos otros lugares de mil vivencias y descubrimientos del hablar cotidiano de los moradores de esos importantes sitios. Son ciudades y pueblos que me acogieron cuando cargado de encuestas y/o cuestionarios debía comprobar o recoger los materiales crudos para la indagación que me proponía. Y allí están los trabajos, publicados unos, y otros que esperan serlo. Se escribieron porque había visto una luz en las temáticas, y porque cada día -camino de la Universidad- he sentido la responsabilidad de dejar testimonio de la realidad sincrónica del hablar nariñense, y porque también unos hombres me dieron lecciones de moral y de gratitud para con las Instituciones que nos han forjado a través de los años, trajinando unas veces entre los rosales, y otras, por caminos espinosos y de escaso reconocimiento. Este reencuentro con plácidos lugares y amables personas, me ha entretenido en las páginas que he escrito a lo largo de casi treinta y tres años: desde aquel 1975 en que terminaba de redactar mi tesis de grado para optar al título de Magíster en Lingüística y Español en la Universidad del Valle, hasta mi último corto y moderado artículo sobre la “Etimología de algunas calles de Pasto que llevan nombre indígena” y que aparece publicado en el tomo IX del Manual Historia de Pasto, editado por la Academia Nariñense de Historia.

He vuelto a mis parajes y he revivido tiempo y trabajos, así como el recuerdo de mis maestros muertos y el de los que aún florecen sin debilitarse. También el de mis gratos y exitosos alumnos. Gracias a todos ellos se puede justificar lo que da sentido el haber vivido. Estudiantes —un día de casi mi edad— que en su magisterio de hoy acuden diligentes a mi modesta presencia. Ellos son: Roberto Ramírez Bravo, Mireya Cisneros Estupiñán, Pedro Vicente Obando Ordóñez, Armando Mora Bustos, Pilar Londoño Martínez, Edmundo Mora Guerrero, José Edmundo Calvache López, Gerardo León Guerrero Vinueza, Elda Alicia Hidalgo Dávila, Francisco Tandioy Jansasoy, Miguel Hernández Pantoja, Mauro Gómez Córdoba, Jorge Benavides Burgos, entre otros. Viendo su lealtad pienso que no siempre es cierto que al maestro se le olvida o se le trata con indiferencia. Ellos también habrán sentido la complacencia que produce el éxito de sus alumnos.

Estas líneas sólo pretenden servir de entrada a las páginas que resumen algunos de mis trabajos que, tarde o temprano, servirán de material de consulta para aquellos estudiosos de la sincronía o diacronía de las ciencias del lenguaje. Sus resultados se vislumbran en el campo de la filología, la dialectología, la lingüística, la pedagogía de la lengua, la sociolingüística y el folclor. También recordamos ciertos estudios aplicados a hechos concretos de la lengua española, con especial dedicación al habla regional del sur de Colombia.

I. SOBRE LOS APORTES LÉXICOS DE LAS LENGUAS INDÍGENAS AMERICANAS AL ESPAÑOL

Un repaso somero de mis aportaciones pone de manifiesto mi especial predilección por algunos temas: son los aportes de las lenguas indígenas de América al español. Dentro de este campo quiero esclarecer brevemente algunas cuestiones alusivas a trabajos de esta índole como -iniciando con el primero- el titulado con el nombre de **Etimología de algunas calles de Pasto que llevan nombre indígena.**

Como bien se sabe, la ciudad de Pasto se asienta sobre el pequeño pero acogedor Valle de Atriz. Algunas de las calles del centro de su casco urbano, ya en épocas pasadas, habían sido bautizadas con nombres provenientes de la lengua quechua -quizá por el estrecho contacto con la lengua del incario-, otras con nombres de personajes ilustres, nombres de países, de ciudades o nombres propios de otras regiones; también figuraban las que hacían alusión a aspectos comerciales o a lugares puntuales de la ciudad.

Pasto -como muchas ciudades del país- hoy en día es una heterogénea mezcla de gentes que han llegado de una u otra parte de Colombia, inclusive de algunos países vecinos, al igual que de Europa, del Medio Oriente y unos pocos del Asia. Estos factores definen también una peculiar caracterización lingüística en la que se pierde lo típicamente localista, para adaptarse a las exigencias de una mayor universalidad y de unas necesidades acuciantes de comunicación.

El tema que desarrollo en este trabajo se refiere, fundamentalmente, al estudio de algunas de sus calles. En tal virtud, sólo presto atención al estudio etimológico lingüístico de aquellas calles que llevan nombre indígena y que despiertan interés por conocer su significado, como es el caso de la Calle del *Churo*, Calle *Caracha*, calle de *Taminango*, Calle de *Rumipamba*, etc.

Así mismo, se ha tenido en cuenta la diferencia que existe entre la ciudad que podemos llamar histórica con todas sus posibles disparidades de tamaño y forma y la ciudad recientemente creada, también con sus características diversas, propias de la ciudad moderna. Entonces, esta indagación se constituye -en cierta forma- en un aspecto del pasado, de la historia sociolingüística y dialectal de esa época; pues, muchas cosas que parecían vitales en esa sociedad, se ven ahora convertidas en restos o en placas o en sombras, como es el caso de algunos nombres de las calles de Pasto; pero, de ser posible, habría que rescatar este patrimonio histórico-lingüístico y cultural.

El estudio etimológico quizá no despierta grandes expectativas en lo que tiene que ver con etimologías de la lengua española, pero, sí permite –en este caso– encontrar voces o nombres de calles que provienen de lenguas indígenas, voces no estudiadas anteriormente desde el ángulo filológico-lingüístico y que, además, nos dejan la certeza del influjo de las mismas en el habla nariñense principalmente del quechua, pues, no se puede desconocer la influencia de esta lengua principalmente en la toponimia nariñense y de otras regiones del país.

1.1 Vías de comunicación urbana: las calles

He querido comenzar con el estudio etimológico de la palabra **calle**, cuya voz y análisis acompañan a casi todos los topónimos aquí considerados, para luego continuar con el análisis etimológico de las palabras de procedencia indígena. En cada topónimo se da cuenta de la ubicación de cada calle como es el caso de la nomenclatura actual, el nombre popular antiguo –si lo tiene–, así como el nombre oficial, también antiguo. Después de estos datos iniciales, se da paso al análisis propiamente dicho.

En este orden de ideas, inicié el análisis de la muy conocida **Calle del Churo** y bajo el apoyo de varios autores que hablan acerca de estas voces indígenas, continué con el análisis de las siguientes calles: Calle *Caracha*, Calle de *Rumipamba*, Camellón de *Rumipamba*, Calle del *Achiral*, *Pampa* de San Sebastián, Calle de *Hullaguanga*, Calle de *Pandiaco* y Calle de *Taminango*.

Al finalizar este trabajo llamamos la atención sobre la casi total ausencia de investigaciones en torno a la onomástica del departamento de Nariño. Específicamente, en el terreno de la toponimia, o sea, materia destinada al estudio de los nombres de lugar; apenas sí hay trabajos de carácter monográfico. Ojalá se despierte el interés para cubrir este vacío investigativo.

Otro tema al que me quiero referir con mucho entusiasmo tiene que ver con el estudio de los **Indoamericanismos en las obras de tres cronistas neogranadinos: Juan de Castellanos, Pedro Simón y Juan Rodríguez Freyle**.

En este trabajo presento el resultado comparativo del uso de voces indígenas americanas en el español de la época de los tres cronistas neogranadinos arriba mencionados, con el fin de conocer la persistencia y vitalidad de las palabras indígenas americanas, y determinar –al mismo tiempo– la función ejercida por el castellano al difundir el léxico amerindio por zonas geográficamente insospechadas, con unos resultados que hablan por encima de la propia vida de los usuarios de la lengua.

Pretendo destacar el enriquecimiento léxico del español en el Nuevo Reino de Granada, en ese período de la conquista y la colonización con la entrada o adopción de términos indígenas que hablaban de la nueva realidad desde los primeros contactos de los españoles con arahuaco-taínos, así como con caribes al tomar asiento en las Antillas Mayores, más precisamente en la isla Española, esto es, esa isla de las actuales Haití y República Dominicana.

Alvar documenta en las **Elegías** de Juan de Castellanos, al igual que lo hago yo en las **Noticias históricas** de Pedro Simón y en **El Carnero** de Juan Rodríguez Freyle, un buen número de voces indígenas que fueron penetrando en el español para dar testimonio de las realidades nuevas de América. En el **Diccionario** de Antonio de Nebrija (1493), publicado un año más tarde de que este mismo autor hubiera dado a conocer la primera gramática castellana (1492), se recoge el término *canoas* como si se tratara ya de una palabra española. A esta voz indoamericana le siguen muchas más, relacionadas principalmente con la fauna o la flora, sin dejar de lado términos que se refieren a la organización social, política, religiosa y, en general, a la realidad material o cultural. No obstante, hace algunos años se exageró demasiado en cuanto a la cantidad de términos indígenas en el español americano, al igual que muchos estudiosos de la lexicografía han recogido una serie de voces que no son del uso habitual de los hablantes hispanoamericanos y si a esto substraemos los topónimos o nombres de lugares, los antropónimos o nombres de personas, los nombres de tribus o etnias, etc., llegaríamos a la conclusión de que han sido muy pocos los indoamericanismos que han venido a engrosar el caudal léxico de la lengua de

Castilla, como lo demuestran algunos estudios realizados últimamente; pero, nadie pone en tela de juicio que las lenguas indígenas americanas le prestaron al español muchas palabras nuevas. Sin embargo, estos préstamos no se entregaron de una manera muy simple o desprevénida, hubo que darse unos procedimientos de adaptación y de adopción léxica que pudieran explicar por escrito al Viejo Continente el sentido más adecuado o más exacto de cada vocablo. Alvar (1977:249) señala que “ya en el *Diario* del descubrimiento podemos ver un proceso que será mil veces repetido: hay que recurrir a acercar las nuevas realidades por lo sabido de las viejas; de otro modo todo sería incomprensible. Así pues, se parte de algo conocido y se van añadiendo precisiones [...]”. El mismo autor explica este proceso con un ejemplo muy claro y ya muy clásico: “El objeto americano (I) es igual al de Castilla (1), enriquecido por nuevas implicaciones (a, b, c, ... n)”, según puede verse en esta descripción de *canoa*:

(I) (*canoa*) = ‘almadía’ (1) a (hecha de un árbol) b (como un barco luengo) c (todo de un pedazo) d (labrado muy a maravilla según la tierra) e (con capacidad para 40 ó 50 hombres) o ‘almadía’ (1) a’ (pequeña) b’ (para un solo hombre” (Alvar, 1977 : 4).

Las crónicas de nuestros autores neogranadinos, que como descripción del acontecer de un período notable de la historia, son el testimonio veraz plasmado en documentos que describen una época de situaciones impensadas y extraordinariamente diferente en muchos aspectos : la realidad americana con sus indígenas, más todo un mundo natural alrededor, como lo dijera Us-lar Pietri (1987 : 62) : “aquellos hombres nunca antes conocidos, aquellas sociedades extrañas, los minerales, las plantas y animales insólitos para los cuales no tenían ni siquiera nombre, y el de los conquistadores españoles frente a esa realidad tan diversa de la que hasta entonces conocían y que debían entrar a dominarla por medio de su lengua, constituyéndose esta situación en su tarea inicial”. Pues, para entender todo este complejo problema –en la opinión de Alvar– “resulta imprescindible [...] el testimonio de la lingüística”.

Ya he señalado en otro lugar que el español al asentarse en tierras de América recibió el influjo del Nuevo Mundo y su vocabulario se vio enriquecido por un considerable número de indigenismos, fruto de la enorme diversidad lingüística. En efecto, a la llegada de los españoles se estima que “el número de lenguas y variedades lingüísticas amerindias es elevadísimo: sólo para América del Sur alrededor de dos mil tribus y nombres de dialectos pueden ser inventariados en 23 secciones que comprenden 173 grupos” (Lapesa, 1980 : 540).

Los indigenismos que he encontrado en nuestros autores objeto de estudio proceden de tres idiomas como fuentes principales, dos como fuentes secundarias y dos idiomas más que catalogo en un tercer plano. He reunido un pequeño cuarto grupo de voces que clasifiqué como indeterminadas por cuanto me ha resultado difícil establecer con exactitud una etimología u origen seguro.

Siguiendo el orden cronológico con que estas lenguas se encontraron con el español e influyeron en él, hallamos –en primer lugar– la lengua **taína** de la familia **arahuaca** de Santo Domingo, Haití, Puerto Rico y Cuba. Luego, tropezamos con el idioma **caribe** de las pequeñas Islas de Barlovento y ciertas zonas de las grandes Antillas y de las costas de Venezuela, Guayana y Colombia. En el Altiplano Cundiboyacense el **chibcha**, que cierra esta fuente principal.

Como fuente secundaria he señalado al **quechua**, difundido primero por los incas en su expansión territorial y más tarde por los misioneros españoles a lo largo de la Cordillera de los Andes, desde el norte de Chile y noroeste argentino hasta el sur de Colombia en el Putumayo y un pequeño grupo en Aponte, Nariño, al igual que otro en la Bota Caucaña. Dentro de esta fuente se halla también el **náhuatl**, que a la llegada de los españoles era la lengua principal de México, lengua que guarda ciertas relaciones con el **maya**. En tercer lugar habría que mencionarse, aunque con exiguos aportes, al idioma mapuche de Chile, al aimara de la región del lago Titicaca,

entre Perú y Bolivia y al tupí-guaraní del Paraguay. Para el cuarto grupo quedan unas cuantas voces de origen incierto.

1.2 Procedimientos de adopción

Juan de Castellanos, Pedro Simón y Juan Rodríguez Freyle –al igual que los demás cronistas de su época– afrontaron el difícil problema de adoptar nombres para describir esa realidad que iban descubriendo. Hacen uso de procedimientos que de antiguo eran conocidos; con Colón empiezan los procedimientos de adopción; ponen en juego su agudo sentido de observación de la naturaleza, y ajenos a todo tecnicismo describen lo que saben, lo que oyen y lo que ven; todo tiene importancia para ellos, hasta las cosas más elementales son de su interés; pero, lo que más despierta su atención son las especies vegetales y animales, los fenómenos geológicos y geográficos, al igual que la cultura material y espiritual de los territorios de la Nueva Granada, donde vivieron, trabajaron y escribieron.

Cuando estos cronistas neogranadinos narran la realidad americana haciendo uso de voces indígenas, utilizan los mismos procedimientos de adopción que Alvar (1975: 258) encuentra en los cronistas de Indias: “el narrador puede **traducir** sencillamente, puede recurrir a la **disyunción** (término indígena o voz americana), puede **definir** o **explicar** todo lo que rehuye la facilidad de comprensión”. Algunas veces la definición cae en las explicaciones y, entonces, el límite entre definición y explicación puede resultar un poco vago.

De todos estos procedimientos Alvar considera que en las **explicaciones** se encuentra “no sólo la mejor ilustración para nuestra ignorancia, sino –además– la capacidad del escritor para descubrir los secretos de unas cosas que son inéditas para los ojos de Occidente”. Las explicaciones, son para él esa “serie de características externas de cualquier objeto, que sirven, si no para su identificación, a lo menos para su comprensión” (Alvar, 1975 : 261).

La simple **traducción** es un recurso que nuestros autores manejan con regular frecuencia y de la cual encontramos algunos ejemplos: Juan de Castellanos al referirse a la ciudad de Coro expresa : “*cay* allí quería decir oro” (Alvar, 1972 : 66). Pedro Simón (1953, 2, IX: 273) traduce, entre otras, estas palabras : “este vocablo *chocam* que es lo mismo que nosotros llamamos año”; “para significar el [año] pasado decían *chocamana*” (2, IX : 273). En Rodríguez Freyle (1969) encuentro estos ejemplos: “quemaban mucho *moque*, que es el sahumero de estos naturales” (II : 62); “dos coronas de oro que le enviaba con sus *quemes*, que es lo propio que embajadores o mensajeros” (III : 67); “unos con sobrenombres de *ubzaques*, a quien (sic) pertenece el nombre de duques” (II : 62).

Una operación lingüística que Castellanos, Simón y Rodríguez Freyle realizan con mayor asiduidad es la **equivalencia léxica o disyunción**; o sea, la equiparación semántica de un término indígena con uno castellano, o viceversa. Castellanos recoge, entre muchísimos otros, estos ejemplos: “ajíes o pimientos”, “pajizas casas o buhíos”, “reyes o caciques”, “caimán o cocodrilo” (Alvar, 1972 : 67). Simón cosecha estos ejemplos: “[Francisco Martín] aprendió *mohanerías* o *hechicerías*”, “*cabuyas* o sogas”, “hormigas tostadas en unas *callanas* o cazuelas de barro (Maffla, 2003 : 88). En Rodríguez Freyle, al contrario de lo que ocurre con otros autores, sólo descubro un ejemplo en el que une por medio de una conjunción **disyuntiva** una palabra española y dos voces indígenas de igual significación: “un clérigo engañó al diablo o su *jeque* o *mohán*” (Cap.V : 85).

Hay casos –quizá porque el uso del indigenismo era tan corriente y natural o tal vez porque a ciertos cronistas se les olvidaba el origen indígena del término americano– en que el cotejo lo hacen entre dos voces indígenas, según es corriente en Simón: “*bejuco* o *cabuya*”, “lo debieron de tener por *jeque* o *mohán*, que es tanto como sacerdote entre nosotros”, “que vengan en alguna *piragua* o *curiara* ligera” (Maffla, 2003 : 88).

En el procedimiento que hemos denominado como la **reduplicación del vocabulario mediante el uso de la copulativa** y, Alvar (1972 : 67) señala que “no es frecuente en [Juan de] Castellanos la unión por medio de una **copulativa** de la palabra indígena y la española equivalente [...], pero anota un par de ejemplos: “*sabanas* y *dehesas*”, “*tambos* y *apósitos*”. En Simón encuentro algunos casos de reduplicación del vocabulario, por ejemplo: “*mazatos* y *brebajes*”, “*montañas* y *arcabucos*”, “*hicateas* y *tortugas*”. No es frecuente en Rodríguez Freyle este procedimiento; sin embargo, descubro igualmente un par de ejemplos: “se quemaba mucho *moque* y *trementina*”, “estaban repartidos por los *jeques* y *mohanes*”.

Para integrar los indigenismos a la lengua española y tratar de codificarlos dentro de su sistema, estos autores acuden a otra operación lingüística no menos útil y funcional que es la **definición**. Esta operación, a su vez, se la puede dividir en una definición lógico-lingüística y en otra que la hemos llamado cultural. En la primera, los cronistas utilizan sufijos derivativos del español o prefijos de la misma lengua con el fin de mostrarnos los consiguientes cambios semánticos como podemos observar en estos ejemplos : de *arcabuco* deriva *arcabuquillo*; de *bija* > *embijar*, *embijado*; de *cacique* > *cacica*, *cacicazgo*, *caciquillo*; de *canoa* > *canoero*, *canoilla*; de *macana* > *macanero*, *macanazo*, etc.

En la segunda definición –que debe distinguirse como cultural– nuestros autores mencionan el vocablo indígena y procuran capturar el contenido semántico del mismo, situando la voz definida en una determinada categoría de la realidad y en seguida se esmeran en añadir precisiones, como escribe Simón: “*arracachas* (son raíces de cierta yerba que tiene hoja como apio)”, “*baquiras* (que son puercos de monte que tienen el ombligo en el espinazo, correspondiente a la parte de los riñones)”, etc. (Maffla, 2003 : 89 - 90).

Fundamentalmente las **disyunciones**, las **definiciones** y las **explicaciones** son los recursos más importantes que Alvar (1972) discrimina para Juan de Castellanos. Son tres procedimientos relevantes que este cronista ha

seguido –como también lo han hecho Simón y Rodríguez Freyle– para lograr integrar el indigenismo a la lengua española.

Estas formas tan variadas de adaptación de la lengua española y los diversos matices de adopción de términos indígenas de América, nos dan una idea lo suficientemente clara de la evolución que siguió el español al propagarse a lo largo y ancho del Continente Americano, y del proceso que siguieron los indoamericanismos léxicos, muchos de los cuales han enriquecido el caudal de voces españolas.

De acuerdo con el testimonio de Alvar (1972 : 70 y ss.), para él, resultó “otra de esas sorpresas que nos depara el haber corrido el riesgo de leer los maltratados ciento veinte mil versos de las *Elegías de varones ilustres de Indias*” y para mí, el hecho de haber leído los once volúmenes de las *Noticias históricas* y uno más, *El Carnero*. Siguiendo al maestro, él nos recuerda que “en la Española el castellano inició su proceso de **adaptación** a la nueva realidad, pero –también– el de **adopción** de palabras que le entraban a raudales”; y continúa: “lo que se aprendió en Santo Domingo o en Cuba era ya español patrimonial como aquel que venía de Castilla la Vieja”.

Pero, ¿cuál es la sorpresa de la que Manuel Alvar nos habla? Pues, el haber encontrado en Juan de Castellanos la no despreciable cifra de 155 palabras indígenas americanas en sus *Elegías*. O lo que yo he encontrado: 253 voces indígenas en las *Noticias históricas* de Pedro Simón y 40 términos –también indígenas– en *El Carnero* de Rodríguez Freyle.

Bajo la misma temática que tiene que ver con los aportes léxicos de las lenguas indígenas al español, trataré de sintetizar el trabajo que he titulado **Presencia y vitalidad de voces indígenas en el español de la zona andina nariñense**; considero pertinente guardar la memoria de muchos términos indígenas que aún son funcionales en el uso del español de esta región –especialmente a nivel rural–, pues hay voces que crecieron conmigo, fueron mis compañeras de infancia y aún las recuerdo y las acaricio, pero hay

muchas que se han ido muriendo lentamente, al igual de lo que ocurre con los seres humanos.

El mencionado trabajo comprende el estudio del proceso que siguieron las palabras indígenas desde el mismo momento en que la lengua española llega a tierras americanas y se pone en contacto con las lenguas indígenas que encontraba a su paso, dando inicio a un proceso de expansión desde sus primeros asentamientos en la isla que Colón llamó Española. Aquí se inicia un mestizaje no sólo de sangre sino de lengua y cultura al adoptar el español voces tanto de procedencia taína como del idioma caribe o de sus dialectos circunvecinos. Cuando los españoles pasan al Continente, prosigue el proceso de adopción de términos de los que carece el español para nombrar la realidad americana.

Los habitantes precolombinos de América tenían en sus lenguas nombres para todo lo que les rodeaba. Los españoles, en muchos casos, encontraron más fácil tomar del caudal de términos que les brindaban las lenguas indígenas que tratar de usar voces de la lengua propia; de modo que, “la apertura a lo desconocido impuso la necesidad de tomar los nombres que se brindaban propicios en las lenguas indígenas” (Zamora, 1976: 91). Desde muy temprano comenzaron a tomarse los préstamos; como ya lo dijimos en otro trabajo, en 1493 el gran lexicógrafo y gramático Antonio de Nebrija incluye en su *Vocabulario* la voz *canoa*. Pronto aparecen *iguana* y *huracán* que pasan como hispanismos a algunas lenguas europeas. Fundamentalmente son las lenguas taína, caribe, náhuatl y quechua las que más voces han aportado al idioma español, sin desconocer los aportes del maya, chibcha, tupí-guaraní y aimara que, en menor proporción y especialmente en sus respectivos territorios, también han ofrecido sus aportes.

Dicho lo anterior, este estudio pretende precisar cuál ha sido el aporte de las lenguas indígenas americanas al español que se habla en la zona andina sur occidental de Colombia, Nariño. El trabajo es muy limitado geográficamente y lo es también lingüísticamente, por cuanto sólo de

manera tangencial me ocupo de otras características, aparte del léxico de la lengua, como las siguientes:

Los aspectos fonéticos, morfológicos y sintácticos como influjo de las lenguas indígenas al español americano no son muchos. Rafael Lapesa (1980: 343) considera tan sólo siete fenómenos en lo que al español americano se refiere, de los cuales -para el caso concreto que ya hemos indicado- únicamente cito tres que considero pertinentes en el uso del español en Nariño que, fundamentalmente, ocurre a nivel rural y casi nunca a nivel urbano. Como señala Lapesa, un primer fenómeno sería “la confusión entre **e-i**, **o-u** en el habla de los indios de la Sierra del Ecuador (por influencia del quechua)”, fenómeno que se extiende al área de nuestro estudio, por ejemplo: en zonas rurales de los Andes nariñenses todavía se escucha: “**si dimurú**” en lugar de **se demoró**, o también “**nusutrus**” en vez de **nosotros**, muy común todavía entre los campesinos mayores de nuestra Sierra, sin ningún efecto en las zonas urbanas. Es factible que la influencia sea quechua ya que el sistema fonológico de esta lengua sólo tiene tres fonemas vocálicos / **i, u, a** /; las vocales **e** y **o** vienen a ser, entonces, préstamos de la lengua española. El segundo fenómeno que cabe subrayar tiene que ver con las “Alteraciones en el ritmo del habla y en la entonación”, de allí lo pausado y musical o melódico del habla serrana nariñense. Ramiro Pabón Díaz (1988: 327) nos trae la siguiente apreciación: “Siempre se ha afirmado que uno de los dialectos más característicos del español hablado en Colombia es el nariñense. La razón de una singularidad es que —a diferencia de lo que ocurre en otros dialectos como el valluno, el paisa, el rolo, el boyacense, el tolimense u opita, el llanero, el costeño, etc.— el dialecto nariñense está claramente fijado por la entonación, por el léxico y por algunos aspectos particulares de la sintaxis”. Un tercer punto —todavía muy característico del habla nariñense— que bien anota Rafael Lapesa es la “Conservación de la palatal lateral sonora **ll** en el español de regiones bilingües de los Andes (conservación favorecida posiblemente por los sustratos quechua y araucano)”. Sin embargo, es importante anotar que el yeísmo gana terreno especialmente

entre la gente joven de la región y, ante todo, en las zonas urbanas. Desde luego, no es extraño que este fenómeno suceda puesto que la II castellana está en decadencia en todo el mundo hispanohablante.

Las consideraciones anteriores las presento con el objeto de mostrar simplemente la trascendencia e importancia de la variante nariñense. Así mismo, para confrontar con la opinión de Lapesa que, en lo esencial, el español de la Sierra nariñense no difiere demasiado del de la Sierra ecuatoriana y que tampoco afecta a la estructura general del español.

Pero, si tenemos en cuenta el aporte léxico de nuestras lenguas amerindias, la situación cambia, pues, los estudiosos del español de América coinciden en sus apreciaciones; por ejemplo: Ángel Rosenblat (1958 : 2) afirma con razón que “la mayor riqueza de voces indígenas no está en el habla general, sino en la regional o local” [(En: Zamora Munné, 1982 : 154)]. También Alonso Zamora Vicente (1980 : 317) estima que “Donde la huella indígena es más notoria y valiosa es en el terreno del léxico”. Juan M. Lope Blanch (1979: 13) al considerar el dominio léxico expresa: “Aquí, la influencia de las lenguas indígenas de América parece ser tan evidente cuanto profunda”. Lapesa (1980 : 554) coincide con los anteriores cuando señala que “la contribución más importante y segura de las lenguas indígenas está en el léxico”. Y nuestro lingüista colombiano J. J. Montes Giraldo (1982 : 108) al hablar de la influencia del elemento indígena señala: “Naturalmente, es en el léxico en donde primero y más fácilmente se advierten tales influjos”.

Efectivamente, las voces indígenas que mayor uso y difusión geográfica han tenido, son aquellas que proceden de lenguas que por razones de carácter histórico más aportes hicieron al español general. Tal es el caso del taíno -idioma de primer contacto con el español-, el náhuatl, el quechua y el caribe, aunque en menor proporción este último; no así el taíno y el quechua cuyos términos han alcanzado mayor difusión. Habría que añadir,

como idiomas de menor aporte, el maya, el chibcha, el tupí-guaraní, el aimara y el mapuche o araucano. Del léxico de estas lenguas se ha nutrido la variante nariñense serrana.

Las voces indígenas que se conocen y aún se usan con cierta frecuencia en esta zona andina sur occidental de Colombia, y de las que podemos dar testimonio de su vitalidad y persistencia -en la gran mayoría de los casos-, pertenecen a campos semánticos concretos como son la fauna, la flora, los utensilios domésticos, el vestuario, la alimentación que, por lo general, se refieren a aspectos de la naturaleza, de la vida sociocultural, política y religiosa de sus habitantes.

También es oportuno señalar que los vocablos que hemos recogido para este trabajo -incompleto aún-, unos son de conocimiento general (*cacao, canoa, cacique, papa, papaya, chocolate, tomate, cóndor, guaca, coca, pampa, maní, maíz*, etc.); otros, entendidos únicamente por ciertos especialistas, y un tercer grupo de uso exclusivamente rural. Después de esta aclaración paso a ocuparme de los indoamericanismos léxicos. En su orden, inicio con las voces de procedencia arahuaco-taínas, continúo con las voces de procedencia caribe, y así sucesivamente me ocupo de las de procedencia náhuatl, de las voces cunas o de algún dialecto de la familia chibcha, de las de procedencia quechua, que son abundantes, hasta llegar a las lenguas de menor aporte.

Finalmente, es oportuno advertir que los conquistadores y colonizadores españoles tuvieron mayor o menor contacto con cientos de lenguas indígenas, muchas de las cuales no es posible mencionar en este espacio; pero, pertenecían a comunidades lingüísticas con un importante número de hablantes o servían a culturas relativamente avanzadas como es el caso del chibcha de Colombia, el maya de Yucatán, Guatemala y otras regiones adyacentes, el mapuche o araucano de Chile, el aimara de Bolivia, entre las más notables. Infortunadamente sus aportes no son destacables.

Una investigación importante y -en cierta manera- dispendiosa, es la titulada **Indigenismos en las *Noticias históricas de Fray Pedro Simón***, tesis Doctoral con calificación de Apto Cum Laude por la Universidad Complutense de Madrid (España).

Al respecto, Don Manuel Alvar, Catedrático de la Universidad Complutense, comenta: “La mencionada tesis profundiza sobre un campo de la lingüística que ha tenido enorme importancia en la identificación del aporte que las lenguas indígenas han hecho al español de América y al idioma en general”. Vale la pena mencionar también que la Academia Colombiana de Historia le dedica una importante reseña en la que destaca el valor de este trabajo.

En verdad, la crítica especializada desconocía un estudio lingüístico de la obra de Pedro Simón, pese a la magnitud de sus *Noticias Históricas* (Edición Forero, 1953: 9 volúmenes; edición Friede, 1981: 6 volúmenes). Tampoco existe estudio alguno sobre sus indigenismos léxicos, pues, hasta hoy sólo se hallan referencias lingüísticas y literarias y algunos estudios históricos. Se analizan aquí todos los indigenismos de sus *Noticias*. Hemos partido de un corpus de 253 voces de distinta procedencia lingüística, con un alto porcentaje de antillanismos e importante caudal para el estudio del mundo chibcha, quechua y náhuatl.

Metodológicamente la parte principal (capítulo 5) se ha encarado con criterios lexicográficos siguiendo los estudios de Manuel Alvar sobre cronistas de Indias : Bernal Díaz del Castillo y Juan de Castellanos, sin olvidar los aportes de Cuervo, Henríquez Ureña, Lisandro Alvarado, M. Sala, G. Friederici, Hugo A. Mejías, entre otros. Se hace un estudio de cada uno de los indoamericanismos del corpus, muchos de ellos nunca estudiados ni registrados. Se tiene en cuenta aquí la definición del término, el nombre científico -para fauna o flora- y transcripciones de los principales textos. El estudio etimológico pone en juego la documentación pertinente: diccionarios generales y de americanismos, glosarios, vocabularios, gramáticas, etc. De igual modo, se destaca la primera documentación, nuevas

acepciones, cambios semánticos y ortográficos, vigencia y desaparición de la voz, etc. Una encuesta a hispanohablantes rubrica la persistencia o no de tales indigenismos.

Debo destacar en el grupo de trabajos de esta primera parte, la indagación que hice sobre la **Influencia de la lengua quechua en el dialecto pastuso**, trabajo que ha servido para despejar dudas e identificar con precisión la procedencia de las voces indígenas.

Ocuparse de la penetración de las voces quechuas en la lengua española a través del tiempo, tiene interés no sólo lingüístico sino cultural e histórico. En este sentido, en dicho trabajo se deja en claro cómo palabras de los antiguos incas (ingas) o quechuas han pasado a enriquecer la lengua de Cervantes en tiempos y circunstancias muy diferentes entre sí.

Lope Blanch (1979 : 9) encuentra que algunos de los estudios hechos durante los últimos años en torno a la influencia real de las lenguas de sustrato sobre las lenguas invasoras, inducen a revisar las conclusiones a las que se había llegado en lo referente al español de América. Muchos lingüistas como Bertil Malmberg, por ejemplo, se muestran hoy verdaderamente reacios a aceptar tales explicaciones, si no reúnen ciertas condiciones generales que avalen la posibilidad de que se haya ejercido efectivamente la acción sustratal.

En cuanto al español americano –ya lo he señalado en otro trabajo–, son muy pocos los fenómenos fonéticos, morfológicos o sintácticos que se siguen atribuyendo hoy a la influencia de las lenguas indígenas; valga recordar la propuesta de Rafael Lapesa para el caso concreto del español andino.

En efecto, desde el primer encuentro de las dos culturas, las lenguas indígenas se constituyen en una de las fuentes léxicas inevitables del español; pues, una considerable cantidad de voces se incorpora a la lengua española como resultado del contacto que se produjo con los idiomas amerindios, entre los que se destacan el taíno, el náhuatl y el quechua, este último es

el de mayor aporte en nuestra zona andina nariñense, sin olvidar otros de menor aporte como el caribe, el aimara, el mapuche, el guaraní y –en el caso particular colombiano– el chibcha, también llamado muisca.

Al igual de lo que ocurre con otras lenguas amerindias, las palabras que se recogen del quechua se refieren a la organización social, como *inga* ‘común rey del Pirú’; a su realidad material y cultural, *fotuto* ‘flautón de madera que tocan los indios’; la vegetación nos depara un tubérculo universalmente conocido: *papa* ‘solanácea tuberosa originaria de América del Sur’; el atuendo está representado por la voz *ojota* del quechua *uxuta* ‘calzado a manera de sandalia’; entre los utensilios domésticos figura la *callana* ‘cazuela de barro’, etc.

Al parecer los vocablos quechuas que usa Simón en sus *Noticias* son muy pocos en el momento que debió escribir su obra (1624 -1626). Este fenómeno lingüístico tiene su explicación: El español del Nuevo Reino de Granada recibe en primer lugar el influjo léxico que los peninsulares aprendieron de las lenguas antillanas, rechaza nuevos nombres para los vocablos ya adoptados y se limita a dar entrada del quechua únicamente a aquellas voces que no riñen con la realidad ya conocida y que de una u otra manera van familiarizándose entre los usuarios de la lengua española.

Quechuismos utilizados en el español actual en la zona andina nariñense

Si bien es cierto que fueron pocos los quechuismos que penetraron al español durante el siglo XVI y principios del XVII por las razones que explicamos anteriormente, también es verdad que en esta época apenas comenzaba un nuevo contacto entre lenguas; en este caso, entre el español y el quechua. Es por eso que sólo a partir del siglo XVII se produce una amplia penetración de estas voces, gracias a la intensificación del quechua general que se venía realizando desde el siglo anterior, como sostiene Domingo de Santo Tomás (1560): “Y nunca esta lengua en los tiempos antiguos fue tan generalmente usada quasi de todos como el día de oy”.

Sin embargo, encuentro en mi generación algo incomparable a la rica variedad de términos quechuas que aprendimos de nuestros mayores, términos que se han convertido en patrimonio de nuestro cotidiano hablar como usuarios del dialecto nariñense. Pues ese pequeño manojito de 25 palabras que recoge Simón a principios del siglo XVII, se convierte en un gran número que casi llega al centenar y medio de voces, aunque la juventud de ahora se resista a usarlos.

Es importante señalar que, desde el punto de vista gramatical, la gran mayoría de voces recopiladas son sustantivos concretos. Los verbos –dentro del material recopilado hasta ahora– no pasan de diez. Las interjecciones son muy pocas. La categoría de los adjetivos tiene mayor representatividad que estas dos últimas.

Los sustantivos, que sobrepasan el centenar, son en su mayoría designaciones que corresponden a la realidad material y sociocultural; un segundo renglón ocupan los nombres relacionados con la fauna y la flora; y un tercer lugar, muy reducido, corresponde a nombres de comidas.

Al invitarlos a leer el trabajo completo que aquí he tratado de resumir, se les anuncia que la investigación dará cuenta –en otra entrega más exhaustiva de cada vocablo quechua– de la etimología de la palabra, de la definición de la misma, –de ser posible– de su primera documentación, de su propagación, de su lucha por sobrevivir, de su vigencia en el habla de Nariño o si la voz ha sufrido cambios semánticos, fonéticos u ortográficos, etc.

Con una metodología parecida a la de este trabajo, hemos publicado otros artículos en *Hechos y proyecciones del lenguaje*, revista del Departamento de Lingüística e Idiomas de la Universidad de Nariño. Tal es el caso de **Quechuismos en la obra del cronista Fray Pedro Simón, Los tainismos (o voces arahuaco-táinas)** en la obra del mismo autor. Y en la *Revista de Investigaciones* de la Universidad de Nariño (Vol. III, N° 5, 1989), aparece un resumen de mi investigación sobre **Indigenismos en las Noticias**

historiales de Fray Pedro Simón. Valga señalar también la publicación de varias traducciones sobre lenguas indígenas colombianas, que aparecen en las obras que edita la Editorial Townsend del Instituto Lingüístico de Verano, Lomalinda, Meta, República de Colombia.

2. SOBRE LINGÜÍSTICA Y FOLCLOR

En lo relacionado con esta temática voy a resumir dos investigaciones: la una, **Voces del folclor de la zona andina nariñense** y, la otra, **Historia y simbolismos de los carnavales inga y kamëntsa del Valle de Sibundoy (Alto Putumayo)**, esta última con la coautoría de Oswaldo Granda Paz y Francisco Tandioy Jansasoy.

Entonces, hablemos primero de las **Voces del folclor de la zona andina nariñense:**

□

Durante las tres últimas décadas, he venido observando el abandono o poco uso de muchas voces que constituyen un rico patrimonio lingüístico de nuestra región, particularmente de las voces que conforman lo habitual de nuestro interactuar lingüístico; dicho de otra forma, se ha llegado al descrédito de la palabra hablada y al manejo de los aspectos plásticos y gestuales con evidente detrimento del habla cotidiana y culta de la lengua española. El abandono del empleo de las palabras habladas o escritas, castizas unas e indígenas otras o de la propia creación popular, ha producido una negación muy radical de la importancia del uso de cierto léxico en el campo de la comunicación; se da una especie de ocultación o mistificación de la realidad que solamente con la utilización de esos términos, muy nuestros y muy típicos de nuestro espacio territorial llegamos a un entendimiento inteligible y lúdico en la cabal interacción comunicativa.

Pero, podemos preguntarnos, entonces, ¿cómo debería ser la interacción lingüística en el plano de la realidad?, ¿habrá de reproducirse el habla de la calle?

o ¿cada uno de los hablantes habrá de inventar sus propias maneras de expresión? o ¿cuál es -realmente- la diferencia postulable entre las hablas coloquiales y las literarias? Por supuesto, diferencias se dan, y en algunas culturas hasta el punto de que el lenguaje se halla radicalmente desdoblado no sólo en el habla popular sino en la literaria; siendo así, lo adecuado sería hablar con propiedad en las diferentes situaciones al interior de la comunidad lingüística a la que se pertenece, no dejar morir las voces propias y autóctonas de nuestra región porque nos propician identidad; no debemos sentir temor de robustecer el diálogo dentro y fuera de nuestra comunidad con la convicción y la confianza de que nuestra modalidad es muy adecuada y no inferior a la de los hablantes de otros confines del mundo hispánico.

Tampoco se puede ignorar la existencia de esas expresiones típicas del pueblo y -menos aún- hacer como si no existieran las capas populares que se expresan en esas hablas ... todavía; pero, qué adverso saber que cada día es mayor la intoxicación de las hablas más naturales por los efectos de las expresiones publicitarias y, en general, sofisticadas de la televisión, de la radio o de la prensa, que llegan -con su lenguaje rebuscado, poco adecuado y hasta irreal- a los últimos rincones de la ciudadanía o comunidad lingüística, cada vez más impregnado de la cultura capitalista y sus hablas mercantiles ocultadoras de la verdad, de la sencillez, de la claridad; recuerdo que en cierta ocasión un locutor quería hacer uso de la voz extranjera **performance** para destacar el éxito de nuestros ciclistas en Europa, pero cada vez que utilizaba el término cambiaba su pronunciación (**[perfórmanse / performánsia / performáns]**), en lugar de decir sencillamente que el 'desempeño' de los mismos fue bueno.

En el habla de la juventud actual, el lenguaje popular, regional, autóctono, es casi invisible, aunque aquí y allá asoma la oreja, consecuencia de los filtros que como infranqueables paredes levantan los jóvenes de la actual generación al uso de vocablos populares y a muchos otros considerados de uso rural. Estimo, por ejemplo, que es conveniente conservar los términos y expresiones provenientes del quechua, cuyo uso acarrea una carga semántica muy grande

como cuando alguien dice: “por el afán de correr a recibir a mis **guaguas** me **lluspí**”. La juventud nariñense serrana no debe sentir rechazo a este léxico ni considerarlo un rezago “de mal gusto” del pasado, mientras que se ponen a la moda con los anglicismos en el campo tecnológico y también en la vida corriente. No hay que descartar que tenemos a la mano una gran riqueza léxica, hagamos uso de ella. Al abandonarla, podemos encontrar una de las causas de la muerte lenta, triste, pero constante, de muchas palabras que en determinada época, en determinado tiempo o lugar, y ahora mismo, han formado parte del bagaje lingüístico de los hablantes de la zona andina nariñense.

De modo que, uno de los objetivos de este trabajo es el de divulgación. Cubre las voces que aún mantienen su presencia y vitalidad en la zona andina nariñense, y que hablan de la vida cultural y social de hombres y mujeres de esta tierra, de su desempeño en las labores de casa, de su profesión u oficio, del vestido, de los instrumentos de trabajo, de la naturaleza misma; en fin, de lo que se escucha en la calle y entre las gentes. He querido que el trabajo mantenga una estructura muy delicada capaz de rechazar elementos lingüísticos torpes, inhábiles -o mejor-, inadecuados; se excluye el uso de los vocablos más fuertes y **groseros**, he pensado que la existencia de palabras tradicionalmente malsonantes no elevan para nada la calidad del acervo lingüístico que debemos mantener como identidad que nos distingue de otros pueblos o regiones.

Es preciso que nuestra comunidad lingüística no abandone esa riqueza folclórico-cultural que poseemos, y que especialmente la juventud y la niñez -con el ejemplo de sus mayores y el de sus maestros- no se aparten de las voces folclóricas que se dan en nuestras zonas urbanas y especialmente rurales en la entraña virgen de lo humano esencial, lo cual -aunque no se crea- es una obra efectiva de defensa de la patria, por lo menos de la patria chica, en su patrimonio cultural, tradicional, humano. En este orden de ideas, ofrezco unas voces que son parte de nuestro folclor andino; no aparecen todas, porque para ello se necesita mayor espacio y tiempo para agruparlas. Así que, en orden alfabético, he dado principio a una primera entrega que poco a poco la iré completando en futuras publicaciones.

A esta segunda parte de los resúmenes es preciso añadir la investigación que con Granda y Tandioy hemos titulado **Historia y simbolismo de los carnavales inga y kamëntsa del Valle de Sibundoy (Alto Putumayo)**, trabajo que aún permanece inédito.

En el Valle de Sibundoy (Alto Putumayo), las poblaciones de Santiago y Sibundoy han tenido y cuentan todavía con una abundante colección de símbolos inmersos en sus carnavales que –conservados por tradición– representan un notable aporte a la cultura e idiosincrasia de los indígenas e incluso de los “colonos” o gentes que habitan en la mencionada región.

Durante algunos años de trabajo de campo hemos perseguido una doble finalidad: de una parte, recopilar, anotar y estudiar algunos aspectos de la lengua inga y una gran parte del material tradicional aún vivo en el medio rural; de otra, convencer a los aborígenes que aún ocupan pequeñas parcelas rurales para que no abandonen o desprecien sus propios valores. Es innegable, por ejemplo, que entre los más jóvenes existe una tendencia a mirar con desdén o minusvalorar lo autóctono frente a un tipo de cultura más espectacular que les llega a través de la televisión, la radio y el periódico. Así mismo, entre las personas que tienen más de cincuenta (50) años, pero que no han dejado de apreciar la herencia cultural de sus mayores, se observa una especie de **vergüenza** o inhibición en los procesos de transmisión de sus tradiciones culturales, pues, aunque no sienten ningún recelo al contar o narrar un cuento o algunos episodios de la vida cotidiana a determinados investigadores o a cierto extraño que se lo solicite, sí se lo nota en cambio cuando tienen que hacerlo para sus hijos o nietos, posiblemente porque presienten una reacción negativa de parte de éstos, reacción que, efectivamente, sabemos que se ha producido y se produce hasta ahora por cuanto los jóvenes creen que estos conocimientos, costumbres y tradiciones “no están de moda” o quizá porque el poner en práctica su cultura los haga sentir en situación de inferioridad frente al personaje “blanco”, o frente a la cultura occidental. Creemos que esto ocurre por cuanto no existe voluntad ni programas bien definidos para la preservación de la lengua y la cultura de estos pueblos, y mucho menos para su desarrollo.

Por lo anteriormente señalado, nos propusimos adelantar este trabajo con el fin de dejar memoria de estas fiestas tradicionales que anualmente realizan las dos etnias. La investigación desarrolla aspectos con aportes de carácter histórico – descriptivo, musical y simbólico. Así por ejemplo, al tratar la parte etnohistórica le hemos dado mucha importancia a la influencia inca en el Valle de Sibundoy, pues, encontramos que la comunidad inga es descendiente de esa cultura: su lengua, sus costumbres, etc., nos dan testimonio de ello, y su patrimonio tanto espiritual como material tiene sus raíces allá, en ese legendario pueblo de singulares tradiciones.

En el desarrollo de esta indagación se ha presentado una serie de datos que, de cierta manera, pueden modificar algunos conceptos que guardan relación con la etnohistoria del pueblo inga, mas no del kamëntsa, pues, los sucesos a los que nos referimos ocurrieron en tiempos en los que no se ejercía la historia ni menos la historiografía indiana en el sentido que hoy les damos a estos términos. Por esta razón hemos tenido que acudir a las crónicas que en su gran mayoría narran sucesos cercanos a los acontecimientos y, en muchos otros, sucesos vividos por sus autores. Cronistas de la talla de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, de Fray Marcos de Niza, de Fray Pedro Simón, de Francisco López de Jerez, Hernán Pérez de Quezada, Juan de Betanzos, Pedro Cieza de León, Agustín de Zárate, Juan López de Velazco, Guaman Poma de Ayala, Juan Santacruz Pachacuti, Juan de Castellanos, el padre Bernabé Cobo, entre muchos otros, nos han dado la pauta para la descripción etnohistórica en la que se puede probar –con base en las diversas fuentes– la permanencia de los incas en lo que hoy corresponde al Sur de Colombia.

En cuanto a los carnavales inga y kamëntsa ha sido difícil precisar el origen o el comienzo de los mismos debido a la inexistencia de documentos escritos. Para suplir esta debilidad, hemos acudido a varios ancianos de los dos pueblos, muchos de ellos profundos conocedores de la cultura de su etnia, hombres inquietos por la defensa de su raza, orgullosos de su identidad e incansables servidores públicos. Ellos, con su inagotable paciencia, nos contaron acerca del desarrollo de los carnavales en las dos comunidades.

Por lo que respecta al simbolismo de estos carnavales, encontramos cierta similitud en los dos grupos, algo semejante a un acoplamiento cultural de estas dos comunidades en cuanto a la organización de las fiestas carnestolendas; en lo que tiene que ver con el lenguaje, con los ritos, costumbres, etc., al conjugarse entre sí, expresan muchos aspectos de su realidad física y sociocultural de estos grupos humanos; se entrevé, entre otros aspectos, que el ejemplo del carnaval conlleva la idea de un comportamiento sano y la invitación a mantener una vida cotidiana digna durante todo el año. Hay muchos elementos como “la curación de la plaza”, “la limpieza de la misma y de las calles”, “el juego de las ortigas”, etc., que conforman estructuras significativas que definen la vida síquica, fisiológica y social de estas comunidades.

De otra parte, la música de los carnavales inga y kamëntsa, a pesar de que las dos comunidades tienen raigambre diferente, por su semejanza podría ser catalogada como de origen andino. Sin embargo, los ingas –por su ascendencia quechua– obviamente tienen íntima relación entre sus expresiones musicales y de danzas con las expresiones incas. Los kamëntsa, en cambio, son un grupo cuya complejidad resulta de su posible relación con lo amazónico.

Los instrumentos musicales utilizados en sus carnavales son aerófonos de embocadura y flauta de pico, idiófonos y membranófonos. Los instrumentos que son utilizados por los indígenas de las dos comunidades se describen en el trabajo. Éstos, como casi todos los objetos en el mundo prehispánico, al igual que la música y la danza, tenían una filiación muy definida. Es decir, los instrumentos musicales, su música y su uso en determinadas fiestas, guardaban una significación propia, acorde con los conceptos cosmovisivos.

Finalmente, además del simbolismo encerrado en los objetos e instrumentos propios del carnaval que se utilizan para la música y la danza, es importante señalar los símbolos que manejan en su vestimenta los “bailadores” y las diferentes personas que toman parte en los festejos. Sin dejar de lado la comida, ya desde las fiestas prehispánicas se tiene como un elemento importante de los rituales el preparar y consumir alimentos. En las fiestas incas se preparaban

diversos platos y bebidas, en especial se destacaba la gran variedad de *chichas* o *asuakuna*. El cronista Cristóbal de Molina señala que comían y bebían de lo mejor, pues, se creía que “ese día si no se holgase y comiese y bebiese, todo el año avía de estar en mala ventura y trabajo”.

3. GRAMÁTICA, PEDAGOGÍA DE LA LENGUA Y OTRAS REFLEXIONES

A manera de una miscelánea, en esta tercera parte del resumen de que tratamos, quiero abordar pocos temas, algunos de los cuales tratan de aspectos propiamente gramaticales, otros tocan cuestiones que tienen que ver con la pedagogía de la lengua y algunos -poquísimos- hacen referencia a ciertas consideraciones sobre investigación, fonética y fonología o hablan sobre el porvenir de la lengua de Castilla, el español.

En este orden de ideas, comienzo resumiendo la indagación que hicimos sobre **El gerundio en la norma culta de Madrid**, tema que constantemente los gramáticos se han planteado frente al gerundio -y sobre el fondo de diversidad de concepciones teóricas- las cuestiones de su identidad gramatical, de su categoría lingüística, siempre dentro del marco del sistema de la lengua.

Este trabajo pretende aportar algunos datos acerca de la utilización que hacen los hablantes madrileños de la forma verbal gerundio basándose, concretamente, en el estudio del habla culta de Madrid (España).

Lo que aquí hemos tratado de hacer puede resumirse en dos aspectos fundamentales : en primer lugar se describe cómo utilizan los hablantes el gerundio, y en segundo lugar se establecen las diferencias de uso que se observan entre:

- a) Las distintas generaciones y sexos.
- b) Las distintas posibilidades de comportamiento sintáctico funcional de la forma verbal gerundio y, además, comprobar en qué situaciones formales aumenta o disminuye la presencia de tal entidad lingüística.

Espero que este estudio contribuya al conocimiento funcional de esta particularidad de nuestro idioma y, en lo posible, nos permita comprender otras realidades lingüísticas sin perder nunca de vista al hablante como sujeto esencial del “decir”.

A quienes se interesen por la pedagogía de la lengua, los invito a leer dos artículos que se encuentran publicados en los números 1 y 12 de la revista Hechos y proyecciones del lenguaje del Departamento de Lingüística e Idiomas de la Universidad de Nariño, cuyos títulos son: la **Selección del texto guía para la enseñanza-aprendizaje del español en la escuela secundaria**, y **La descripción grafémica del español y la enseñanza racional de la ortografía**, respectivamente. En el primero analizamos los presupuestos válidos en la selección del texto, las bases para la selección de un texto y la aplicación y metas del mismo. Insistimos en la importancia de hacer una revisión de los problemas conceptuales y metodológicos de la lengua a la luz de los progresos de la lingüística. En el segundo doy cuenta de la preocupación del ser humano por su lengua, de las opiniones de los académicos, de los errores que se cometen en la propia universidad, de las causas de la mala ortografía y de cómo llegar a corregirla de una manera racional.

Para cerrar esta parte también pueden leer las reflexiones que hago acerca de las **Perspectivas de análisis en la investigación lingüística**, y el artículo sobre **La lengua española hacia el siglo XXI**, publicados en la misma revista, números 3 y 9.

4. ESTUDIOS SOBRE LA LENGUA INGA (QUECHUA)

Esta parte cubre tres estudios sobre la lengua inga, a saber:

- a. Estructura fonológica y estructura del “VBL” del inga.
- b. Apuntes sobre la gramática inga.
- c. Diccionario inga.

De los tres estudios, el primero es un aporte individual, mientras que el **b** y el **c** se escribieron en coautoría de Stephen H. Levinsohn PhD., lingüista inglés al servicio del Instituto Lingüístico de Verano, y de Domingo Tandioy Chasoy hablante nativo de la lengua indígena.

La tesis que se realizó como prerrequisito para optar al título de Magíster en Lingüística y español en la Universidad del Valle, la he titulado -según lo anoté arriba- **Estructura fonológica y estructura del "VBL" del inga (lengua del Putumayo)**, y es el resultado de la investigación de campo y de la labor constante con informantes nativos para adecuar un material que me ha permitido conocer más a fondo el funcionamiento de esta lengua, al tiempo que la misma ha servido de apoyo a la enseñanza de algunos cursos de lengua inga.

Por razones prácticas y pedagógicas he elegido hacer el análisis fonético y fonológico con base en el modelo articulatorio (estructural) por cuanto es más fácil de explicar y de entender que el modelo basado en rasgos distintivos, el cual podría ser más preciso, pero, tiene el inconveniente de ser mucho más abstracto y también más difícil de manejar en una clase práctica.

Para el análisis morfológico se escogió el modelo transformacional por considerarse más claro y mejor adaptado tanto para el análisis científico como para la explicación en clase.

Partiendo del supuesto que a nivel de estructura profunda todas las lenguas naturales tienen una misma estructura lógica o muchos criterios comunes para la percepción del mundo exterior, presento -como resultado de la investigación- una serie de fórmulas a manera de una especificación de esta parte de la estructura básica del inga. Por consiguiente, se procura explicar de qué modo el hablante hace uso infinito de un medio finito de elementos lingüísticos, creando una expresión apropiada a cualquier situación que no puede explicarse sobre la base de extensión analógica

fundamentada en situaciones similares; de igual manera, se trata de explicar cómo el hablante en esas mismas condiciones es capaz de interpretar cualquier expresión que pertenezca a su lengua.

Procurando explicar el funcionamiento general del idioma inga y también con la coautoría de Stephen H. Levinsohn y Domingo Tandioy Chasoy, publicamos un modesto trabajo con el nombre de **Apuntes sobre la gramática inga**, lengua de los ingas —o inganos— que ocupan territorios y que aún viven en el sur de Colombia. Su realidad lingüística es un dialecto del quechua, idioma éste propio de los incas.

El bosquejo de los puntos más sobresalientes de la fonología y de la gramática de esta lengua aparece también como apéndice del Diccionario Inga que compilamos los mismos autores.

En estos Apuntes sobre la gramática inga tenemos en cuenta los dos dialectos del inga que se habla en el Valle de Sibundoy, a saber: el que utilizan los cinco mil indígenas que pertenecen a las poblaciones de Santiago y Colón (Sant.), y el que caracteriza a los 850 indígenas de la localidad de San Andrés (S.A.), Alto Putumayo. En los dos grupos existen varias diferencias dialectales, muchas de ellas sistemáticas, tal como se manifiestan en las variaciones del verbo en infinitivo (véase la parte B, sección II). También hablan el inga unas mil (1.000) personas que viven en los alrededores de Mocoa (principalmente en Yunguillo, Condagua y Puerto Limón), Bajo Putumayo. Fuera del Departamento del Putumayo encontramos hablantes de esta lengua en Aponte (Departamento de Nariño). Otros tantos están repartidos más bien en familias y se encuentran en el Alto Caquetá, en el Amazonas, en algunas ciudades del país y, especialmente, en la República de Venezuela, pues, su espíritu eminentemente comercial hace que se desplacen hacia diferentes lugares, con el objeto de vender su mercancía consistente en remedios vegetales y cacharro en general.

Finalmente, habría que decir que en estos Apuntes no es posible presentar un estudio detallado de la gramática inga; sin embargo, por ser el inga una lengua

aglutinante, el bosquejo que hemos escrito servirá de ayuda para formar cualquier palabra inga agregando las desinencias pertinentes y adecuadas para cada caso.

El tercer estudio sobre esta lengua lo hemos vertido en un dispendioso trabajo consistente en un **Diccionario inga**. Esta actividad ya tradicional en nuestra América se continúa con diversa fortuna y rigor científico en diversos países y regiones.

Con la entrega del Diccionario inga se ha querido contribuir a la preservación de este acervo lingüístico y cultural del Departamento del Putumayo y otros lugares colombianos, pues, es una riqueza propia e irremplazable.

Dado el sentido práctico de la obra que recoge vocabulario, frases, dichos y giros propios del entorno ingahablante, creemos que se constituye en un valioso aporte para los indígenas que quieran consultar las voces de su lengua nativa o para los que deseen aprender y perfeccionar el español o para los hispanohablantes deseosos de aprender dicha lengua aborigen y, en fin, para todas aquellas personas que, con inclinaciones científicas, se dedican al estudio de la lingüística o la antropología.

El **Diccionario** consta de tres partes: la primera –que es la más amplia– presenta en orden alfabético los vocablos del inga, cada uno con su clasificación gramatical, sus significados en español, las variantes dialectales que existen en cuanto a la forma del vocablo y, en muchos casos, uno o más ejemplos que ilustran el uso de la palabra en frases u oraciones completas.

En la segunda parte presentamos –en orden alfabético– una lista de palabras del español con base en las voces del inga que aparecen en la primera parte del Diccionario. (El Lector debe tener en cuenta que aunque hemos incluido todas las palabras del inga, de las que tenemos conocimiento, seguramente faltan muchas más. De modo que, el libro debe considerarse solamente como una recopilación preliminar, de naturaleza limitada).

La última parte del Diccionario consta de un bosquejo de los puntos más sobresalientes de la fonología y de la gramática del inga.

CONCLUSIONES

Hablar de filología, lingüística española, sobre léxico y folclor, gramática, lingüística indígena, indoamericanismos léxicos u otras reflexiones alrededor de lo idiomático de unas lenguas, no es oportunismo, sino una interesante oportunidad o -si se quiere- necesidad, conveniencia de hacer conocer el funcionamiento general o específico de las mismas, tal es la razón que confiere a un ser humano su dignidad de ser.

Los estudios de los cuales ahora me he ocupado, en su mayoría han sido publicados, otros esperan su oportunidad de salir a la luz pública, pero todos han tenido su motivación pertinente.

Gracias a la generosidad del Dr. Jesús Alirio Bastidas -a quien entrego mi sincero agradecimiento-, estos trabajos se conocerán en su esencia; pues, tal benevolencia la considero como un honor y un regalo al permitirme que la síntesis de estas criaturas mías despierten en un brillante amanecer al publicarse en nuestra revista *Hechos y proyecciones del lenguaje*, cuando ésta ya casi cumple 23 años de su fundación y que tengo la esperanza y confío en que no decaiga hasta que -por lo menos- mis ojos vean el último crepúsculo.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO HERNÁNDEZ, J. L. Literatura y folclore: Problemas de intertextualidad. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1983.

ALVAR, Manuel. La lengua como libertad. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1983.

_____ Americanismos en la “**Historia**” de Bernal Díaz del Castillo. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1970.

_____ España y América cara a cara. Valencia: Editorial Bello, 1975.

_____ Juan de Castellanos: tradición española y realidad americana. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1972.

_____ Léxico del mestizaje en Hispanoamérica. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1987.

ALVARADO, Lisandro. Glosario de voces indígenas de Venezuela. Caracas: s.n., 1953.

ÁLVAREZ, Jaime. ¿Qué es qué en Pasto? Pasto: Tipografía y Fotogravado “Javier”, 1985.

_____ El castellano en Nariño. Pasto: Tipografía y fotogravado “Javier”, 1984.

_____ Diccionario nariñense. Pasto: Tipografía y Fotogravado “Javier”, 1984.

ÁLVAREZ NAZARIO, Manuel. El influjo indígena en el español de Puerto Rico. Puerto Rico: Río Piedras, 1977.

BADÍA MARGARIT, A. M. El gerundio de posterioridad. En Presente y futuro de la lengua española, Vol. II. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, MCMLXIV.

BASTIDAS URRESTI, Julián. El cuy y la cultura andina. En : Pasto: folclor, lugares y personajes. Pasto: Ediciones de la Alcaldía Municipal, 2005.

BOHORQUEZ C., Jesús G. Concepto de “americanismo” en la historia del español. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1984.

BOLAÑOS A. Héctor. Diccionario pastuso. Pasto: Imprenta del Departamento, 1978.

BUESA OLIVER, Tomás. Indoamericanismos léxicos en español. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1965.

CARVALHO-NETO, Paulo. Diccionario del folklore ecuatoriano. Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1964.

CASTELLANOS, Juan de. Elegías de varones ilustres de Indias. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1944.

CASTRO, José Félix. Antología de la poesía nariñense. Bogotá: Edit. Publicitaria, 1975.

CATÁLOGO DE LAS VOCES USUALES DE AYMARA CON LA CORRESPONDENCIA EN CASTELLANO Y QUECHUA. La Paz - Bolivia, 1978.

CAUDMONT, Jean. Los fonemas del inga. En: Revista colombiana de antropología, Vol. I, 1953. p. 357 - 390.

CIEZA DE LEÓN, Pedro. La crónica del Perú. Madrid: Historia 16, 1985.

CORDERO, Luís. Diccionario quichua-castellano, Castellano-quichua. Quito: Corporación Editora Nacional, 2001.

COROMINAS, Joan y Pascual J. A. Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico. Madrid: Gredos, 2000.

CUERVO, Rufino J. Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano. Bogotá: I.C.C.1955.

DE LOS MOZOS MOCHA, Santiago. El gerundio preposicional. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1973.

ENRÍQUEZ, Balbanera Raquel. Reflexiones acerca del gerundio. En: Revista de Educación I. La Plata: s.n., 1956.

FERRO MEDINA, Germán. Diccionario de palabras que mueren. Bogotá: Editorial Planeta, 2004.

FERNÁNDEZ, Salvador. Algo sobre la fórmula estar + gerundio. S.l.: St. D. Alonso, 1960.

FRAGO GRACIA, Juan Antonio. Historia del español de América. Madrid: Gredos, 1999.

FRIEDERICI, Georg. Amerikanistisches Wörterbuch. Hamburg: Gram, de Gruyter, 1947.

GARCÍA, Carlos y MUÑOZ, César. Diccionario de las hablas populares de Antioquia. Medellín: Editorial Universitaria de Antioquia, 1993.

LAPESA, Rafael. Historia de la lengua española. Madrid: Gredos. 1980.

LEVINSOHN, Stephen H. Fonología del inga. En: Sistemas fonológicos de idiomas colombianos, Vol. IV. Lomalinda (Meta): Editorial Townsend, 1978.

_____ Una gramática pedagógica del inga (dos partes). Lomalinda (Meta): Editorial Townsend, 1974 a, 1976 b.

LOPE BLANCH, Juan M. Léxico indígena en el español de México. México: El Colegio de México, 1979.

LÓPEZ MORALES, Humberto. La aventura del español en América. Madrid: Espasa Calpe, 1998.

MAFFLA BILBAO, Alonso. Etimología de algunas calles de Pasto que llevan nombre Indígena. En: Manual Historia de Pasto, Vol. IX. San Juan de Pasto: Academia Nariñense de Historia. Impresión: Graficolor, 2008.

_____ Voces del folclor de la zona andina nariñense. En: Manual historia de Pasto, t. VIII. Pasto: Academia Nariñense de Historia, 2006.

_____ Indoamericanismos en las obras de tres cronistas neogranadinos : Juan de Castellanos, Pedro Simón y Juan Rodríguez Freyle. Pasto: Universidad de Nariño, 2005 (Inédito).

_____ Presencia y vitalidad de voces indígenas en el español de la zona andina nariñense. En: Revista de Historia, Vol. X, N° 70. Pasto: Academia Nariñense de Historia, 2004.

_____ Acerca del habla nariñense. En: Manual historia de Pasto, t. VI. Pasto: Academia Nariñense de Historia, 2003.

_____ Indigenismos en las Noticias históricas de Fray Pedro Simón. San Juan de Pasto: Editorial Universitaria, 2003.

_____ Historia y simbolismo de los carnavales inga y kamëntsa del Valle de Sibundoy (En coautoría con Francisco Tandioy y Oswaldo Granda). Pasto: Beca del Fondo para la Promoción de la Cultura y las Artes del Depto. Del Putumayo, 1998 (Inédito).

_____ La norma culta de Madrid: Análisis de la utilización del gerundio. Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1980 (Inédito).

_____ Influencia de la lengua quechua en el dialecto pastuso. En : Antropología, región y desarrollo. San Juan de Pasto: Fundación para la Investigación y el Desarrollo Milciades Chaves Chamorro, Pasto: Impresión: Graficolor, 1996.

_____ (En coautoría con S.H. Levinsohn). Apuntes sobre la gramática inga. Lomalinda (Meta): Editorial Townsend, 1978.

_____ Diccionario inga (En coautoría con Stephen H. Levinsohn y Domingo Tandioy Chasoy). Lomalinda (Meta): Editorial Townsend, 1978.

_____ Estructura fonológica y estructura del "Vbl" del inga. En: Estudios en inga. Lomalinda (Meta): Editorial Townsend, 1976.

MALARET, Augusto. Lexicón de fauna y flora. Madrid: Imprenta Aguirre, 1970.

MEJÍAS, Hugo A. Préstamos de lenguas indígenas en el español americano del Siglo XVII. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1980.

MIDDENDORF, Ernest W. Gramática Keshua. Madrid: Editorial Aguilar, 1970.

MOLINER, María. Diccionario de uso del español. Madrid: Editorial Gredos, 1998.

MORENO, L. G. Quechuismos del habla popular nariñense. Pasto: Tipografía Javier, 1987.

MORÍNIGO, Marcos Augusto. Diccionario del español de América. Madrid: Anaya, 1993.

MUÑOZ CORDERO, Lydia Inés et al. El cuy: Historia, cultura y futuro regional. San Juan de Pasto: Colombia Gráfica, 2004.

NUEVA REVISTA COLOMBIANA DE FOLCLOR. Bogotá: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo - Yerbabuena, Vol. 3, N° 15, 1995.

ORTIZ, Sergio Elías. Lenguas y dialectos indígenas. En: Historia extensa de Colombia, Vol. I, t. 3. Bogotá: Ediciones LERNER, 1965.

_____ Estudios sobre la lingüística aborigen de Colombia. Bogotá: Ministerio de Educación, 1954. p. 349 - 372.

PABÓN DÍAZ, Ramiro. Consideraciones sobre la evolución del dialecto nariñense serrano. En: Pasto 450 años de historia y cultura. Pasto: Instituto Andino de Artes Populares, IADAP, universidad de Nariño, 1988.

PAZOS BASTIDAS, Arturo. Glosario de quechuismos colombianos. Pasto: Imprenta del Departamento, 1966.

PEÑA R., Ángel de la. Tratado del gerundio. México: Editorial Jus, 1955.

RAMOS MARÍN, Gerardo E. Diccionario del habla popular en Caldas. Manizales: Edigráficas, 2001.

RODRÍGUEZ FREYLE, Juan. El Carnero. Medellín: Ed. Bedout, 1968.

RODRÍGUEZ, María L. Posibles quechuismos en el muisca y en el español de la primitiva zona de asentamiento muisca. En: THESAURUS, t. XLII, N° 1. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1987.

TORRES FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Glauco. Diccionario kichua-castellano. Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1982.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA : DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA. Madrid: Editorial Espasa Calpe, 1992.

SANTAMARÍA, Francisco J. Diccionario general de americanismos, 3 t. México: Editorial Pedro Robredo, 1942.

SANZ MONCAYO, Rafael. Diccionario de la lengua pastusa. Pasto: Impresión y encuadernación Graficolor, 2006.

SIERRA GARCÍA, Jaime. Diccionario folklórico antioqueño. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1995.

SIMÓN, Fray Pedro. Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales, 9 t. (Edición de Manuel José Forero). Bogotá: Mrio. de Educ. Nal., 1953.

YAPITA, Juan. Vocabulario castellano, inglés, aymara. Oruro: INDICEP, 1979.